

CENTRO CULTURAL DE LA COOPERACIÓN
FLOREAL GORINI
ANUARIO DE INVESTIGACIONES
AÑO 2021

DEPARTAMENTO/ÁREA: EDUCACIÓN

TÍTULO DEL TRABAJO: ENSEÑAR Y APRENDER EN
PANDEMIA



Publicación Anual - N° 12

ISSN: 1853-8452

Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Av. Corrientes 1543 (C1042AAB) - Ciudad de Buenos Aires – [011]-5077-8000
www.centrocultural.coop

**Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Anuario de Investigaciones - Año 2021**

Directoras/es de la publicación:

SECRETARÍA DE INVESTIGACIONES:

Gabriela Nacht
Marcelo Barrera
Natacha Koss
Pamela Brownell

Autoridades del Centro Cultural de la Cooperación “Floreale Gorini”

Director General: Juan Carlos Junio

Subdirector: Horacio López

Director Artístico: Juano Villafañe

Secretario de Formación e Investigaciones: Pablo Imen

Secretario de Comunicaciones: Luis Pablo Giniger

Secretaria de Planificación Institucional: Natalia Stoppani

Secretaria de Programación Artística: Antoaneta Madjarova

© Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini
Av. Corrientes 1543 (C1042AAB) - Ciudad de Buenos Aires - [011]-5077-8000 -
www.centrocultural.coop

© De los autores

Todos los derechos reservados.
ISSN: 1853-8452

ENSEÑAR Y APRENDER EN PANDEMIA

AUTOR/A: GABRIELA MEFANO - SILVIA KIMAN COMAN - PAULA MURIEL MARTÍNEZ- MARTA MARUCCO - MARCELA DE LUCAS.

INTEGRANTES DEL GRUPO DE REFLEXIÓN SOBRE LA PRÁCTICA DOCENTE DEL CCC - ESCUELA NORMAL SUPERIOR N° 5, CABA - ESCUELA N° 10, DE 8, CABA - ESCUELA PROVINCIAL N° 97, VILLA CELINA - BIBLIOTECA POPULAR CIUDAD EVITA - ANDARES Y PENSARES, GRUPO DE PROFESORES DE LOS IES DEL CONURBANO

Palabras clave: VINCULO ESCUELA-COMUNICACION-TECNOLOGIA-TRABAJO EN RED-PANDEMIA.

Resumen: Las modificaciones exigidas por la pandemia en el vínculo pedagógico de los integrantes de las comunidades educativas generaron modalidades de interacción entre sus miembros tanto en lo que respecta a la organización de actividades de enseñanza y formas de comunicación sino también de reflexión participativa en la evaluación de lo realizado.

La presente ponencia aporta información sobre el saber y el saber hacer construidos por maestros, bibliotecarios, profesores curriculares e integrantes de las familias.

Lo que la pandemia nos dejó.

Gabriela Mefano, maestra de grado en una escuela pública de CABA, nos comparte la experiencia vivida en 2020 al tener que reemplazar bruscamente la educación presencial por la comunicación pedagógica a distancia con sus alumnos y alumnas de 2° grado.

Comienza aclarando: Me referiré en particular a las implicancias de darle continuidad pedagógica al proceso iniciado el año anterior con los niños y niñas de primero que tuve a mi cargo en 2019. Lo que evoco con mayor intensidad es la necesidad de reformular,

como maestra, las preguntas fundamentales, consciente de que debía resignificar las respuestas construidas previamente.

Lo primero que advertí fueron las diferencias respecto de la situación vivida en 2009 con la gripe A. En esa oportunidad, la interrupción de las clases se produjo dos semanas antes del receso de invierno ya que hacía un mes que trabajaba con 5 de los 25 inscriptos, pues el resto no concurría a la escuela por enfermedad. El día anterior al receso invernal, chicos y chicas estaban fastidiosos, se resistían a trabajar no flotaba la algarabía que yo imaginaba ante “un mes sin clases”. Al preguntarles qué les pasaba, de sus respuestas difusas, se desprendía preocupación porque sus casas eran pequeñas, en muchos casos vivían en condición de hacinamiento y la perspectiva de “quedarse encerrados” no incluía “lo bueno de tener” un mes de vacaciones, tenían una realidad sin escuela, que para ellos simbolizaba mucho más que un simple lugar al que iban por obligación.

A fines de marzo de 2020, la creciente insatisfacción la sentía yo por la complejidad del panorama que se presentaba. Y ahí llegaron las preguntas: ¿Cuál era mi rol como maestra en esta pandemia? ¿Cómo organizar la enseñanza de los chicos y chicas de 7 u 8 años? ¿Habría aprendizaje? Traje a colación la experiencia de 2009 porque me alerté a mí misma que tenía que saber mirar y que mirar era mucho más que estar atenta a lo que pasa en el aula. Había algo acaso intuitivo, un sentimiento de incomodidad que me obligaba a pensar esa situación en contexto.

Allí generé el primer meet cuando todavía era optativo, cuando no sabía acerca de las posibilidades de conexión de cada familia. Y esa fue la primera clave. La pandemia nos interpeló como escuela a pensar nuestra participación en el vínculo cada vez más distante con la comunidad. Hoy puedo decir que, en muchos casos, la formalidad había avanzado sobre la humanidad del vínculo y que lo habíamos naturalizado. Generar un meet, fuera de los obstáculos de manejo y posibilidades tecnológicas que se me presentaron, me dio el primer dato de cómo conectarme y que lo que debíamos hacer como grado era vincularnos todos y todas. Y aparecieron las múltiples maneras de comunicación: el meet, los cuadernillos en papel, el encontrarnos en el reparto de viandas, en plazas, en esquinas para intercambiar material y tareas, etc. Es necesario nombrar cada forma, porque cada una surgía de detectar una necesidad, y la limitación de alguna de ellas generaba por ambas partes, la búsqueda de otras.

A grupo completo, nos reuníamos una vez por mes para que nos viéramos, intercambiáramos y luego lo hiciéramos en grupos de 6 para ir viendo los temas. Algunos por meet, otros por videollamadas que consume menos datos del celular... Lo maravilloso de esto, que por otro lado significaba una logística impensable, era cómo aprendíamos a vernos, abrazarnos y contenernos a través de lo que teníamos, cómo la pantalla si por una parte nos posibilitaba algo, por otra nos limitaba mucho, pero íbamos aprendiendo a potenciarla. Y aparecieron las abuelas y los abuelos, con su rol protagónico. Ellos y ellas acompañaban a sus nietos cuando sus padres y madres volvieron a trabajar. Una de ellas,

que apenas estaba alfabetizada, fue una alumna más de la clase y aprendió junto a su nieto, primero para poder ayudarlo y en algún momento porque se dio cuenta que ella también era parte del grupo. Un abuelo, un día cuando otro nene se puso a llorar desconsoladamente frente a la pantalla porque no entendía, cansado ya de la situación, porque a veces nos quebrábamos, tuvo la intervención necesaria en el momento en que yo ya no encontraba la forma de contenerlo a distancia. Esos fueron abrazos, eso fue red, eso revolucionó la idea del vínculo familia y escuela. ¿Cuántas veces nos sentimos incomprendidos por las familias? ¿Cuántas veces los juzgamos desde nuestro desconocimiento de sus situaciones? Las madres que acompañaban las clases entendieron nuestra forma de enseñar, porque fueron partícipes. Entendieron que no buscábamos la respuesta correcta sino que nos interesaba compartir cómo la habían construido.

Yo creo que en pandemia, entendí medularmente qué significaba trabajar en red con las familias. También, lo que era incorporar el contexto y traer la realidad al aula. Comprendí profundamente cuánto no entendía cuando creía que entendía. La realidad no podíamos salir físicamente a buscarla, pero se nos metía a cada instante y teníamos que jugar con ella: cuando un nene no podía conectarse para hacer los experimentos porque su celular no tenía datos y solo me dejaba llamarlo y ver su carita ansiosa, cuando una nena que le costaba participar aclaró que la respuesta en la que coincidían todos estaba incompleta y por lo tanto era falsa (la muy atrevida cuestionaba un cuadernillo de trabajo editado por el mismísimo ministerio de CABA, cuando preguntaba cosas para las que yo no tenía respuesta y ellos y ellas armaban una respuesta simple, impecable, entre todos; cuando una mamá en estado terminal me llamaba desde su internación y yo le contaba cómo avanzaba su hijo, cuando ese papá al quedarse viudo, me llamó para preguntarme si estaba bien que le leyera un cuento a su hijo todas las noches para ayudarlo a aprender a leer (lo que me llevó a armarle una biblioteca especial para que dispusiera de material)

No fueron datos, no fueron acciones heroicas, fueron respuestas que surgieron de una necesidad imperiosa de responder ¿cuál era mi función como maestra en esta situación? ¿Cómo era un proceso de enseñanza-aprendizaje en este contexto?

El 2020 terminó, hicimos una fiesta de animales de cuentos de Gustavo Roldán, los chicos y chicas de 2do hicieron un hermoso 2do grado que superó ampliamente los contenidos priorizados. Trabajé permanentemente pensando con mi maestra paralela y mi Maestro + Maestro. Fuimos grupo, fuimos red, cobijamos a las familias pero también las hicimos parte fundamental del tránsito de sus hijos e hijas.

Si tuviera que decir qué me dejó la pandemia, diría que la convicción de que siempre las respuestas aparecen desde la mirada profunda del grupo en su contexto y que los contenidos de estudio, solo son una herramienta más

Taller Comelibros

Silvia Kiman, docente de grado, y Marcela Lucas, colaboradora de la biblioteca popular, relatan el itinerario de lectura, que fueron construyendo entre mediadores y lectores e implica una selección de textos que posibilita relaciones intertextuales que se enriquecen con las experiencias lectoras y de vida de quienes lo comparten.

El itinerario de referencia se está realizando en el taller Comelibros, de la Escuela Provincial N° 97 de Villa Celina, en articulación con la Biblioteca popular de Ciudad Evita que funciona en el espacio cultural La Cachirula. Desde allí ofrecemos un zoom que posibilita encuentros sin límite de tiempo y sesiones simultáneas de lectura. Se desarrolla los viernes a las 16 horas, con alumnos de la escuela entre 7 y 10 años de edad, muchos de los cuales no han tenido oportunidad de lecturas literarias sostenidas; es coordinado por la docente de grado Silvia Kiman y por Marcela Lucas referente de la biblioteca y estudiosa de la interculturalidad. La participación en el taller es absolutamente voluntaria.

En el primer tramo del itinerario decidimos seguir a Iris Rivera. Explorar los juegos del lenguaje, la metáfora, lo dicho y lo silenciado, el humor. Los niños y las niñas seleccionaron para la lectura, poesías de Bicho hambriento; no nos preocupó la reiteración de textos pues distintas voces, entonaciones, nos permitían sentir de diversas maneras un mismo poema.

Leímos: Jamón del diablo, La casa del árbol, La llave de Josefina, Siete vidas y Haikus (en coautoría con Wernicke). Con este último, experimentamos un momento especialmente intenso y emotivo de pos-lectura: muchxs niñxs son migrantes y recordaron los afectos que dejaron en sus tierras de origen. Pudieron hablar sobre lo que les importa, lo que viven; conectaron las lecturas con saberes, con otras lecturas y con experiencias vitales.

Para introducir el libro álbum, les habíamos enviado Haikus japoneses de Bashō, Busson y Shiki (traducidos por S. Frugoni); esto posibilitó conocer un género poético particular, de otro espacio geográfico, y pensar en algunas de sus particularidades.

Luego, les propusimos pensar cómo continuar, decidieron seguir con monstruos, brujas y animales. Leímos: Los monstruos ya no asustan de Javier Peña (en verso) y de Ema Wolf: Historia de la momia desatada y Silencio, niños. La elección de Ema Wolf como la de Iris Rivera estuvo sustentada en que sus poéticas nos invitan a introducirnos en mundos posibles perturbadores, realistas o fantásticos, y exigen lectores activos, cooperativos, que completen y se abran a múltiples sentidos. La lectura del libro de Peña conmovió tanto a chicos y chicas, que tuvimos que posponer las sesiones de lecturas simultáneas sobre Wolf: querían leer una y otra vez las estrofas sobre monstruos. Y como no nos apremiaba el tiempo, no nos importó demorar más de un encuentro haciéndolo.

Un viernes, las sesiones de lectura simultáneas se abrieron a participantes de dos centros culturales matanceros. Fuimos 40 niños y adultos en el zoom, compartiendo adivinanzas y cuentos de la bruja Winnie. Posteriormente, profundizaríamos el conocimiento de dicho personaje y de la serie, escrita por Thomas e ilustrada por Korky; así como en las adivinanzas populares. Destaco que los estudiantes se detuvieron particularmente en la lectura no solo de los textos sino también de las ilustraciones potentes de Javier Peña y Paul Korky, en las que descubrían aspectos en las que las mediadoras no habíamos reparado. Ellas y ellos nos enseñaron a mirar.

En el último encuentro antes de las vacaciones, para iniciar un recorrido de textos con animales y con bruja, enlazado con lo ya hecho, comenzamos a leer la novela de Ricardo Mariño, *El regreso de las hadas*. Compartimos dos capítulos y les dejamos uno para que leyeran solitos en las vacaciones. Quedaron muy entusiasmados con leer por partes, y quedarnos con la intriga hasta reencontrarnos.

Esperamos continuar leyendo cuentos con animales, con algunos de los propuestos por los chicos que tenemos en formato analógico y digital, ya que leemos desde el libro, y los compartimos en PDF para su relectura. (Elmer y Wilbur –McKee-, Cuando el elefante camina –Kasza-, Lana de Perro -S. Schujer y otros de la misma autora-, Feroz... ¡Feroz! álbum de Cinetto- y Una mapirisa risa que riza –poesías de M. C. Ramos). Este itinerario nos permitió y nos seguirá habilitando para descubrir relaciones intertextuales, ampliar, complejizar y enriquecer la interacción de lxs niñxs con la literatura compartida. En las selecciones hemos considerado diversidad de géneros, autores, estéticas, culturas; lo lúdico, lo polisémico; la posibilidad de conectar lecturas a partir de procedimientos literarios, de aquello que tienen en común y de sus diferencias. Nos demoramos en una estética particular y luego, nos sumergimos en otra, sin obligaciones, por placer.

El recorrido que estamos construyendo nos permite ingresar y permanecer “de manera amorosa y desinteresada, en el precioso territorio de la fantasía y la ensoñación”, “y sobrellevar, con calidad, dignidad y belleza, nuestra limitada existencia terrenal” (Yaniselli, 2021) durante la pandemia. Particularmente, esperamos cada viernes pues la literatura nos ofrece la oportunidad de “pensar sobre la vida humana, de consentir las emociones de otros” (Mata, 2014) y con otros.

Somos una escuela desde casa; somos Chachimayo y Saraza

Paula Muriel Martínez, maestra de prácticas del lenguaje en 6º grado, a pocos días de comenzar la pandemia comprendió que la cuarentena los obligaba a montar una escuela en su casa y en la de sus alumnos y alumnas. ¿Dónde? En nuestras mesas, en algún rinconcito con luz y no mucho ruido, escondidos de hermanitos llorones que se disputaban la computadora, si la había. La montamos con wifi que se tilda, con datos que no alcanzan,

con compus que se anuncian pero no llegan. La montamos con amor, con profesionalismo, con bronca por el abandono estatal, con ternura por las victorias de cada uno que lograba sumarse a nuestros encuentros. Casi no habíamos llegado a conocernos, fueron poquitos días los que compartimos el aula real, la de ladrillo, cemento y tiza. Nos conocimos poquito, pero a la luz de la experiencia, fue lo suficiente como para atrevernos a continuar construyendo.

La primera mitad del año fue muy difícil, pasamos muchas horas intentando contactarnos, probando un celular, reemplazándolo por otro, intentando crear dinámicas de trabajo, atendiendo a quien no tenía datos y había que llamarlo, o a quien estaba muy angustiado y a quien no realizaba ninguna de las tareas. Lo logramos charlando, acompañándolos, conteniéndolos. Hubo llamados entre adultas, maestras y mamás, a quienes nos desbordaba el encierro. Hubo charlas con mamás que, pese a no ser maestras intentaron una y otra vez (¡y vaya si lo lograron!) sentarse a acompañar en la tarea a su hijos. Hubo hermanos mayores que colaboraron, que prestaron celus con cámara para mandar lo hecho, que llamaron para avisar que algo no se podía hacer. Hubo abrazos virtuales cuando fueron necesarios. Hubo muchas charlas. Hubo muchas horas para ayudar a instalar plataformas, para enseñar a usarlas. Hubo videítos tutoriales, hubo audios para quienes no leen. Sí, en nuestra escuela existe esa tragedia de que algunos adultos no tuvieron la oportunidad de aprender a leer. Pasaron cosas muy extrañas (sí, además de que un bicho diminuto amenazaba la vida humana en todo el mundo y el mundo no se atrevía a frenar para cuidarse porque hay que producir). Pasaron cosas como que el profe de música y la profe de inglés recién pudieron tomar su cargo en agosto. Sí, así de raro es trabajar para el Ministerio de Educación de la CABA. En agosto, desde la virtualidad, en medio de una pandemia, aparecen dos profes nuevos. Lo que no es raro (porque ser docente es ser un poquito de plastilina y amoldarse “a lo que venga”) es que enseguida encontramos un hilo con el que construir. No fue casual, hallamos palabras claves como “compañerx”, hallamos músicas compartidas, o secuencia enviadas por WhatsApp que nos conmovían. Y así, entre mensajes intercambiados, reunioncitas chiquitas, y varios encuentros zoom, nos vimos la profe de plástica, Julia González, el profe de música Mariano Antonio, la maestra de apoyo, Gisela Mauro, y la maestra del grado, Paula Muriel, embarcados en un proyecto de producción de un poemario.

Uno de los poetas del grupo propuso denominar “Encuentro virtual de poetas en creación” a las reuniones literarias en las que leíamos, pensábamos y escribíamos poesía. También las ilustramos y las cantamos. En el primero de esos encuentros, nadie se atrevía a leer lo que había escrito, hasta que, como siempre alguien rompió el hielo. ¡Bah... lo ablandó un poquito! Mientras se desarrollaba la reunión, me envió un WhatsApp y me permitió leerlo siempre que no dijera quien era su autor. Cumplí. Lo leí y surgieron aplausos, palabras bellas, agradecimiento. Y otro se animó. Y la tercera, leyó ella misma su mensaje. Y entonces, los aplausos y las palabras bellas ya tuvieron destinatario concreto. Y otro día, uno de los chicos que nunca había escrito porque ayudaba a su adeudado papá en el trabajo me llegó un haiku a mi celu. Y en el siguiente encuentro lo compartimos. Fue tal la

conmoción por la lectura, por la belleza, por la sorpresa de la poesía condensada en tan pocas palabras que, a partir de ese día, se animaron a escribir y compartir con nombre y todo.

Y así, entre mensajes, llamadas, encuentros virtuales, miles de fotos, muchísimos gigas, tantísimas horas, ojos cansados, tristezas por los que no pudieron, abrazos a la distancia por las penas, risas a través de las pantallas, nació este “Separados pero juntos. Cuaderno de poemas escrito en cuarentena”. Un poemario que condensa las palabras más bonitas que logramos compartir. Un poemario que también tiene caligramas, ilustraciones de haikus, y hasta una poesía colectiva escrita con pedacitos aportados por todos, una poesía colectiva que habla de quienes somos y de ese pedacito de tierra que nos es tan nuestro. Una poesía que el profe de música se animó a transformar en canción. Una canción que fue melodía de celebración en el encuentro último del año, donde los abrazos fueron promesa y esperanza para el tiempo por venir.

Historias, decires, haceres en tiempos de pandemia

Del anecdotario recopilado por Andares y Pensares, agrupación de profesores desde y para la formación docente en el conurbano bonaerense "Mamá, me siento invisible", -dijo un niño de 8 años que quería mostrar su dibujo a la maestra a través de la pantalla. Pero, la seño por un error involuntario lo saltó en el mosaico de la aplicación... Esta situación nos impactó y nos hizo pensar cuánto se estará diciendo y cuánto estará pasando en estos tiempos de conectividad. Por eso desde Andares y Pensares les presentamos algunos de los relatos recopilados: Mediante una videollamada realizada por la maestra junto a un grupo de nenes, un pequeño de 9 años levantaba la mano cada vez que quería acotar algo, pero quedó sin hacerlo debido a que los otros niños menos vergonzosos hablaron más que él. Incluso por momentos le reclamaban que fuera tan callado como en el aula. Al finalizar la llamada me miró y me dijo con desconsuelo: -No pude hablar pero bueno escuché lo que decían mis compañeros.

En este contexto de pandemia en donde tanto padres como docentes tuvimos que adaptarnos a manejar distintas herramientas y buscarle la vuelta, pude ver con el paso del tiempo lo importante que es para los niños tener una conexión (aunque sea una vez por semana) con sus maestros y compañeros, es su único contacto con el mundo exterior. Luché las primeras semanas para que mi hijo entendiera que yo (su mamá) era la que lo iba a acompañar y enseñar. Me pasó que en la explicación de cómo hacer la multiplicación y resolverla de distintas formas, intenté explicarlo y no lograba que me entendiera. Fue difícil, el lloraba por qué lo quería entender y yo después de varios intentos, agotada mi paciencia, le dije escribí en esa parte de la tarea “Seño, no entendí”. Mi hijo se sentía mal y yo le expliqué que cuando algo no se entiende hay que decírselo a la maestra, que no está mal hacerlo, al contrario, eso ayuda a todos: A la señorita, a él y a muchos de sus

compañeros que también pasan por lo mismo. Lo hizo. Y tuvimos la dicha de que la maestra lo leyó, lo felicitó por expresar que no entendía y me pidió mi teléfono, lo llamo y le explicó muy amorosamente. A partir de allí armó un vídeo explicando ese tema para todo el curso... De hecho eran varios los que no lo entendían. A partir de ese contacto con la maestra mí hijo encaró sus tareas desde otro lugar. Sintió la seguridad de que no estaba solo, que su maestra estaba allí acompañando, ya no desde un mail donde no se la ve. Por suerte, a partir de allí las maestras realizaban una reunión de zoom semanal solo para charlar, para verse y festejar los cumpleaños, Empezamos a entender que esto venía para largo, que había que buscar nuevas formas de “verse y de sentirse” y que la salud emocional de los niños era lo primero para que haya aprendizaje.

Como mamá pude ver un montón de cosas indebidas que le exigía a mí hijo. Ojalá a partir de esta situación incómoda todos comencemos a trabajar en equipo. Sé muy bien que no todo el mundo cuenta con herramientas tecnológicas, y pienso mucho en la gente que vive una realidad distinta. Pero en medio de este caos valoro mucho el esfuerzo que están haciendo los maestros, trabajando horas de más, encontrando el hilo de cómo están los chicos, conteniendo en medio de tantas presiones.

Solo comparto este aporte para que los docentes sepan lo importante que es aunque a algunos les parezca poco, para nosotros los padres es muy, muy grande. Pero también para que los padres puedan buscarle la vuelta a estar atentos como están nuestros hijos emocionalmente y para armar un canal de diálogo dentro de las posibilidades con las maestras. ¡Muchas gracias por este espacio!

Hoy nos encontramos estudiando en forma virtual mis hijos y yo. En casa nunca simpatizamos con la idea de darle un celular a un menor, ni tenerlo horas sentado frente a una pantalla, pero hoy nos sentimos rehenes de la tecnología cumpliendo horas de clases reales pero virtuales para luego continuar leyendo textos en PDF para terminar trabajos prácticos en Word y subirlos al Classroom. Me decepciona que mis hijos pasen tantas horas sentados hasta en educación física, que tengan preocupaciones tales como si nuestro internet es muy lento, deseando que no se corte la luz otra vez, y otras cosas que no dependen de ellos mismos. Yo por mi parte me siento limitada para expresarme como me gustaría, que los afortunados que entran con teléfono sin compartirlo, con mejor wifi, por ahí no cuentan ni siquiera con las consignas indicadas por el docente, no revisan con profundidad los textos y andan buscando por páginas y videos para cumplir solamente, siento que podría dar mucho más pero estoy ausente, ausente sin mi consentimiento.

Mi voluntad depende de factores extras, tanto con el internet y la falta de los dispositivos para cada estudiante, haciendo turnos para compartir, esperando que el wifi ande mejor y a su vez tratando de encontrar mi tiempo mi espacio donde todo es tan confuso porque "mamá está en casa" y puede ayudarme si no entiendo, puede buscarme eso que yo no encuentro, puede con las cosas de la casa, puede leer y pausar para escucharme que le

cuenta un chiste o lo mucho que extraño a mis amigos, es la primera en levantarse para chequear que no dejemos hablando solos a los maestros del otro lado de la pantalla.

No es esto lo que nos hubiese gustado, no nos vamos acostumbrar, a encariñar con la idea de estar detrás de aparatos tantas horas; esto no vino para quedarse, ni siquiera vino para todos, ni siquiera reemplaza nada, es un paliativo. Lo primero que queremos hacer cuando pasé la cuarentena es lo mismo que hicimos el último día antes del confinamiento...salir a dar vueltas en bici! No salir a comprar celulares, Led ni compus, ¡¡¡Salir a dar vueltas en bici !!!